

verdaderamente magistral, por medio de una comparación:

"Después de habernos acostumbrado a mirar el sol reflejado en el agua, nos resultará mucho más fácil apuntar nuestra mirada directamente en su misma luz".

Tampoco debemos dejar que se nos escape el paralelismo evidente que existe entre esta posición de San Basilio y el mito platónico de la cueva, a que aludimos antes.

El dualismo platónico continúa, en realidad, manifestándose en el fondo de la mentalidad medieval. Si es verdad lo que afirma Ernst Curtius en su obra "Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter", es decir que la fórmula "credo ut intelligam" constituye el sello del Medievo, de la misma manera que la expresión "cogito ergo sum" de Descartes simboliza la mentalidad moderna, tenemos que admitir necesariamente la existencia de dos zonas bien distintas en el pensamiento, la de la fe y la de la razón, la teología y la filosofía.

Sin embargo, si es la fe la que abre el camino al pensamiento, si la filosofía, en el proceso gnoseológico, depende de la teología, es claro que el primer momento de la acción intelectual tiene que ser intuitivo y apriorista, basándose en una actitud dogmática y primitiva, que trasciende las normas de la pura lógica, para realizarse como visión típicamente poética de una realidad que se acepta por un acto de adhesión espiritual. En otras palabras, es precisamente la poesía la que permite establecer un primer contacto entre la divinidad y la humanidad, entre el cielo y la tierra. Cuando, además, al establecer esta relación, se afirma la necesidad de encontrar una síntesis entre ambos mundos, es decir el celeste y el terreno, y se reconozca

que esta síntesis resulta posible en un primer momento solamente por medio de la fe, la razón, esto es la filosofía, podrá seguidamente construirse la escalera ideal, por la cual el hombre llegará hasta lograr su unión simbólica o mística con la divinidad misma.

La Biblia, la escritura sagrada, el himno y la plegaria en sí mismos, son y permanecen textos puramente poéticos.

Al filósofo tocará la tarea de su explicación o comentario.

Desde este punto de vista los textos profanos toman valor y sentido poético, tanto más profundo y destacado, cuando más se acercan a los conceptos y a las verdades de fe que se expresan en los libros sagrados. La poesía, pues, coincide con la revelación, y llega a ser ella misma teología. La ficción y el cuento se transforman sencillamente en medios aptos para llegar al descubrimiento de la verdad. Quien lee tiene que buscar esta misma verdad escondida bajo las prendas fantásticas del discurso poético.

Bernardo Silvestre, según relata Ernst Curtius, a propósito de la Eneida, afirmaba que debajo de la corteza de la palabras se escondían los conceptos más profundos. La verdad se cubre con metáforas, por impedir el uso común, la vulgarización de los principios sagrados.

Desde un punto de vista puramente estático, volvemos otra vez a la posición práctica y profana de Lucrecio y Horacio, que confiaban a la poesía el oficio de amenizar y suavizar la acción didáctica y pedagógica relacionada con el proceso del conocimiento y del aprendizaje. Solamente con la metodología se apunta ahora al campo religioso y a la conquista del reino de Dios.

(Continuará en el próximo número)

ALVAR AALTO EN FLORENCIA

Que Alvar Aalto, el gran arquitecto finés de nuestros días, al que llamó genio un Wright, tuviera que esperar hasta estas fechas para ver una posición de conjunto de su obra, es para provocar asombro. Menos debe asombrarnos que la capital y cuna del Renacimiento, Florencia, haya tomado sobre sí la responsabilidad de esta tarea, ya que entre ambos existe una natural afinidad electiva. En esta ciudad, que ya por el carácter de su paisaje parece predestinada a la armonía y la síntesis, donde se produjo la inmersión en el fluir del legado clásico tanto de lo latino como de lo gótico, donde los filósofos se hicieron

artistas y los artistas eran pensadores y donde los arquitectos, desde Brunelleschi hasta Michelucci, realizaron sus creaciones, no por imposición de la "utilitas", sino obedeciendo al soplo de la libertad... en esta ciudad está Alvar Aalto, en su casa. Lo sabe y lo dice él mismo. Y no es imposible que de su amor a Florencia surja un monumento, con eso musical propio de su obra.

Fue tan grande la multitud que acudió a presenciar la exposición en el Palazzo Strozzi, que durante ciertos lapsos hubo que cerrar las puertas y la primera edición del muy bello catálogo quedó agotada en pocas horas a pesar de su elevado precio. Parecía una respuesta a la pregunta sobre la relación entre arquitectura y vida este interés, que ninguna propaganda estimuló.